

## COMPARACION DE DEMÓSTENES Y CICERON.

Acerca de Demóstenes y Ciceron lo que dejamos escrito es cuanto ha llegado á nuestro conocimiento que sea digno de memoria, y aunque no es nuestro ánimo entrar en la comparacion de la facultad de decir del uno y del otro, nos parece no debe pasarse en silencio que Demóstenes cuanto talento tuvo, recibido de la naturaleza y acrecentado con el ejercicio, todo lo empleó en la oratoria: llegando á exceder en energía y vehemencia á todos los que compitieron con él en la tribuna y en el foro; en gravedad y decoro á los que cultivaron el género demostrativo, y en diligencia y arte á todos los sofistas. Mas Ciceron, hombre muy instruido, y que á fuerza de estudio sobresalió en toda clase de estilos, no solo nos ha dejado muchos tratados filosóficos al modo de la escuela Académica, sino que aun en las oraciones escritas para las causas y las contiendas del foro se ve claro su deseo de ostentar erudicion. Pueden tambien deducirse las costumbres de uno y otro de sus mismas oraciones: porque Demóstenes, aspirando á la vehemencia y á la gravedad, fuera de toda brillantez y lejos de chistes, no olia al aceite, como le motejó Piteas, sino que de lo que daba indicio era de beber mucha agua; de poner sumo trabajo, y de austeridad y acrimonia en su conducta; y Ciceron, inclinado á ser gracioso y decidior hasta hacerse juglar, usando muchas veces de ironía en los negocios que pedian diligencia y estudio, y empleando en las causas los chistes, sin atender á otra cosa que á sacar partido con ellos, solia desentenderse del decoro: como en la defensa de Celio, en la que dijo: «no ser extraño que entre tanta opulencia y lujo se entregara á los placeres: porque no «participar de lo que se tiene á la mano es una lo-

«cura; especialmente cuando filósofos muy afamados ponen la felicidad en el placer.» Dicese que acusando Caton á Murena, le defendió Ciceron siendo Consul; que por mortificar á Caton, satirizó largamente la secta Estóica, á causa de sus proposiciones sentenciosas, llamadas paradojas, causando esto gran risa en el auditorio, y aun en los jueces; y que Caton sonriéndose dijo sin alterarse á los circunstantes: ¡qué ridículo Consul tenemos, ciudadanos! Parece que Ciceron era naturalmente formado para las burlas y los chistes, y que su semblante mismo era festivo y risueño; cuando en el de Demóstenes estaba pintada siempre la severidad y la meditacion; á las que entregado una vez, no le fue ya dado mudar: por lo que sus enemigos, como dice él mismo, le llamaban molesto é intratable.

Tambien se ve en sus escritos que el uno no tocaba en las alabanzas propias sino con tiento y sin fastidio, y solo cuando podia convenir para otro fin importante, siendo fuera de este caso reservado y modesto; pero el desmedido amor propio de Ciceron de hablar siempre de sí mismo descubre una insaciable ansia de gloria: como cuando dijo:

Cedan las armas á la docta toga,

Y el laurel triunfal á la elocuencia.

Finalmente no solo celebra sus propios hechos, sino aun las oraciones que ha pronunciado ó escrito, como si su objeto fuese competir juvenilmente con los oradores Isócrates y Anaxímenes; y no atraer y dirigir al pueblo Romano,

Grave y altivo, poderoso en armas,

Y á sus contrarios iracundo y fiero.

Es verdad que en los que han de gobernar se necesita la elocuencia; pero deleitarse en ella, y saborear la gloria que procura, no es de ánimos elevados y grandes. En esta parte se condujo con mas decoro y dignidad Demóstenes; quien decia que su habilidad



no era mas que una práctica, pendiente aun de la benevolencia de los oyentes; y que tenía por liberales y humildes, como lo son en efecto, á los que en ella se vanaglorian.

La habilidad para hablar en público é influir por este medio en el gobierno fue igual en ambos, hasta el extremo de acudir á valerse de ellos los que eran árbitros en las armas y en los ejércitos: como de Demóstenes, Cares, Diopetes y Leostenes; y de Ciceron, Pompeyo y César Octavio, como este lo reconoció en sus Comentarios á Agripa y Mecenas. Por lo que hace á lo que mas descubre y saca á la luz la índole y las costumbres de cada uno, que es la autoridad y el mando, porque pone en movimiento todas las pasiones, y da ocasion á que se manifiesten todos los vicios, á Demóstenes no le cupo nada de esto, ni tuvo en que dar muestra de sí, no habiendo obtenido cargo ninguno de algun viso, como que ni siquiera fue uno de los caudillos del ejército que él mismo hizo levantar contra Filipo. Mas Ciceron fue de Cuestor á la Sicilia y de Proconsul á la Capadocia; y en un tiempo en que la codicia andaba desmandada, y estaba recibido que los que iban de generales y caudillos, ya que el hurtar fuera mal visto, se ejercitasen en saquear, no vituperando por tanto el que tomasen, sino mereciendo gracias el que lo ejecutaba con moderacion; dió illustres pruebas de su desinterés y desprendimiento, y también de su mansedumbre y probidad. En Roma mismo siendo Consul en el nombre, pero ejerciendo en la realidad autoridad de Emperador y Dictador con motivo de la conjuracion de Catilina, hizo verdadera la profecía de Platon de que tendrian las ciudades tregua en sus males, cuando por una feliz casualidad un grande poder y una consumada prudencia concurriesen en uno con la justicia. La fama culpa á Demóstenes de haber hecho venal la elo-

cuencia, escribiendo secretamente oraciones para Formion y Apolodoro en negocio en que eran contrarios; y le desacredita por haber percibido dinero del Rey, y por haber sido condenado á causa de lo ocurrido con Harpalo. Cuando quisiéramos decir que todo esto fue inventado por los que escribieron contra él, que no fueron pocos, todavía no tendríamos medio ninguno para hacer creer que no habia visto con ojos codiciosos los presentes que por obsequio y honor le hacian los reyes; ni esto era tampoco de esperar de quien daba á logro sobre el comercio marítimo; pero en cuanto á Ciceron ya tenemos dicho que habiéndole hecho ofertas y ruegos para que recibiese presentes, los Sicilianos cuando fue Edil, el Rey de Capadocia cuando estuvo de Proconsul, y sus amigos al salir á su destierro, los resistió y repugnó en todas estas ocasiones.

De los destierros, el del uno fue ignominioso, teniendo que ausentarse por usurpacion de caudales; y el del otro fue muy honroso, habiéndosele atraído por haber cortado los vuelos á hombres malvados, peste de su patria: así del uno nadie hizo memoria despues de su partida; y por el otro mudó el Senado de vestido, hizo duelo público, y resolvió que no se diese cuenta de negocio ninguno hasta haberse decretado la vuelta de Ciceron. Mas por otra parte este en el destierro nada hizo; pasándolo tranquilamente en Macedonia; pero para Demóstenes el destierro vino á hacerse una de las mas illustres épocas de su carrera política; porque trabajando en union con los Griegos, como hemos dicho, y haciendo despedir á los legados de los Macedonios, recorrió las ciudades, mostrándose en un infortunio igual mejor ciudadano que Temístocles y Alcibiades. Restituido que fue volvió á su antiguo empeño, y perseveró haciendo la guerra á Antipatro y los Macedonios. Mas á Ciceron le echó en cara Le-



lio en el Senado que pretendiendo César se le permitiese contra ley pedir el Consulado, quando todavía no tenía barba, se estuvo sentado sin hablar palabra; y Bruto le escribió increpándole de que había fomentado y criado una tiranía mayor y mas pesada que la que ellos habian destruido.

Ultimamente en quanto á la muerte, bien era de compadecer un hombre anciano, llevado, á causa de su cobardía, de acá para allá por sus esclavos, á efecto de esconderse y huir de una muerte, que por la naturaleza no podía menos de amenazarle de cerca, y muerto al cabo lastimosamente á manos de asesinos; pero en el otro, aunque se hubiese abatido un poco al ruego, siempre es laudable la prevencion y conservacion del veneno, y mas laudable el uso; porque no prestándole asilo el Dios, como quien se acoge á mejor ara, se sustrajo á sí mismo de las armas y las manos de los satélites, burlándose de la crueldad de Antipatro.



